

Religiones y violencia



S/T
Mixta sobre tela, 2002

P. Juan Bottasso*

¿Las religiones son necesariamente violentas?

Resulta evidente que en la actualidad, muchos de los conflictos, que ensangrientan el planeta, tienen un trasfondo religioso. El que aparece casi a diario en los noticieros es el que contraponen israelíes y palestinos (judíos contra musulmanes), pero con enorme frecuencia se habla también de actos terroristas llevados a cabo por fanáticos religiosos que no dudan en masacrar a civiles inocentes, en nombre de la divinidad. Debe ser bajo el efecto de estas informaciones que, cuando a fines de 2010 el *Times* de Londres preguntó a los lectores si consideraban la religión útil para la sociedad, éstos contestaron mayoritariamente de manera negativa. En la mira de los críticos se encuentran especialmente las religiones monoteístas, porque, al considerarse exclusivas poseedoras de la única verdad, están particularmente expuestas a la intransigencia, basadas en la premisa que el error no puede tener derechos.

* Doctor en Antropología y Misionología por la Pontificia Universidad Salesiana de Roma, fundador de la Carrera de Antropología Aplicada y profesor de la Universidad Politécnica Salesiana. Director del Centro Cultural Aby-Yala.



¿Será entonces que la religión lleva inscrito en su ADN el gen de la agresividad?

Para responder esta pregunta hay que tener en cuenta que la religión, como fenómeno humano, resulta de por sí ambigua. Cuando Karl Max la llamó “opio del pueblo” no dio una definición exhaustiva de la misma, sino que describió lo que había sido en ciertos momentos históricos. Sin duda, la de Cristo y de los primeros cristianos no había resultado una presencia soporífera y alienante, pero muchas veces, a lo largo de los siglos, de manera especial en América Latina, la religión había sido manipulada por los detentores del poder para obtener sometimiento, obediencia y resignación.

Teniendo presente este aspecto, ambivalente de la religión, se puede hacer con calma un recorrido por la historia, sin apresurarse a dar juicios globales, tajantes y definitivos. Un debate sobre esta temática es de enorme actualidad hoy en día, porque nos encontramos en una época en la que la globalización está agudizando los conflictos. Estos corren el riesgo de radicalizar ciertos modelos de identidad en los cuales el elemento religioso asume un peso determinante. A manera de ejemplo se puede citar la crueldad de las guerras en la ex Yugoslavia (el genocidio de Srebrenica) y la dureza sanguinaria de las luchas en ciertos conflictos del Cáucaso. Es importante interrogar lo que dicen los libros sagrados de las diferentes religiones, ubicarlos en el contexto en el que fueron redactados e investigar cómo fueron leídos e interpretados de acuerdo a determinados intereses. Forzando el sentido de sus palabras, según las conveniencias, se ha llegado a citarlos para justificar casi todo: desde la esclavitud, a la humillación de la mujer, a la guerra de agresión, a la práctica del racismo más brutal, a la quema de los disidentes en la hoguera. El propósito de estas reflexiones no es el de juzgar o condenar, sino, simplemente, de ayudar a comprender.

El Antiguo Testamento

La violencia está presente en muchísimas páginas de la Antigua Alianza. De manera especial, el libro de Josué es una larga crónica de luchas feroces, destinadas a exterminar los pueblos presentes en esta tierra de Palestina, que Israel quería ocupar. A continuación del relato de la toma de Jericó, por ejemplo, se lee: “Se masacró a todo el que vivía en la ciudad: hombres, mujeres, niños, viejos, incluso los bueyes, corderos y burros” (Jos 6, 21). Los pasajes como este no son pocos.

Los salmos se hacen eco de esta visión y continuamente claman venganza e invocan la destrucción del enemigo.

¿Qué se puede decir de todo esto?

Para encontrar una respuesta son indispensables algunas consideraciones previas.

- Los relatos hay que leerlos en clave teológica, más que estrictamente histórica. Lo que el texto quiere poner en evidencia es que Israel es el pueblo de Yahvé, pueblo escogido, separado, no contaminado. El gran riesgo que corría al dejar la vida beduina y adoptar la vida sedentaria en esa nueva tierra, era el de mezclarse con los habitantes locales, adquirir sus costumbres y sus formas de culto. Esto habría fatalmente comprometido su característica fundamental de pueblo “santo”, perteneciente únicamente al verdadero Dios. Esas tribus habrían acabado diluyéndose en un mestizaje sin límites, hasta desaparecer, como les sucedió a tantísimos pueblos a lo largo de la historia.
- Israel nunca pasó de ser una pequeña nación aplastada por los gigantes que la rodeaban: Egipto, Siria, Babilonia... Muchas veces sufrió invasiones, tanto que



su independencia fue más bien intermitente y su población soportó exilios prolongados. Es comprensible entonces su complejo de minoría amenazada, siempre al borde de la destrucción. Los salmos reflejan muy bien esta situación. Con el tiempo acabaron siendo leídos en clave simbólica: Israel personifica al justo, rodeado por hombres inicuos que lo acechan sin piedad. Dios resulta ser su único refugio y motivo de confianza. Se los leyó también como dramatización del sitio permanente que soporta el alma piadosa de parte de las pasiones.

- Fue sobre todo la escuela de Alejandría, en Egipto, la que acudió normalmente a la lectura de la *Biblia* en clave alegórica. El mismo San Pablo la leerá acudiendo a este género literario, como por ejemplo cuando habla de Sara la libre de Agar, la esclava, para simbolizar la Jerusalén celestial y la terrena. Una lectura estrictamente literal de la *Biblia* resultaría impracticable. Mirar al Génesis como si fuera un texto de historia o de ciencia carece de sentido. Imaginemos como sería la política del Estado actual de Israel, si adoptara el libro de Josué como texto guía.

Jesús y los primeros cristianos

La corta vida de Jesús comenzó y terminó bajo el signo de la violencia. Cuando Mateo (2, 16) relata la masacre de los Inocentes quiere poner de relieve que él es el nuevo Moisés, salvado milagrosamente de la furia de un rey perverso, para cumplir la misión de nuevo y definitivo liberador. Pero quiere decirnos también que el mundo en el cual se desarrolló la aventura humana del Salvador estuvo dominado por la fuerza, que él soportó, sin nunca ejercerla contra nadie. En la proclamación programática de los valores fundantes del Reino, dos de las siete bienaventuranzas exaltan la mansedumbre

y el amor a la paz. El mismo Evangelio de Mateo, pocos versículos más adelante, declara que un verdadero discípulo devuelve un bien por un mal recibido, ora por quien lo odia y es capaz de ofrecer la otra mejilla, si le golpean la una.

En los Evangelios se leen también expresiones que podrían hacer pensar que, en ciertos momentos, Jesús dejó a un lado esta actitud, pero hay que leerlas a la luz de las circunstancias en las que fueron pronunciadas.

Cuando afirmó que no había venido a traer la paz, sino la guerra (Mt 10, 34), queda claro, por el contexto, que se refería a la actitud frente a su seguimiento, que exige una determinación tan fuerte que debe ser capaz de pasar por encima hasta de los vínculos de sangre y los afectos familiares.

Un día dijo que en el Reino de Dios hay que intentar entrar a la fuerza (Lc 16, 16). Jesús no predica la violencia ni la práctica, pero sabe que diariamente hay que hacer cuenta que de ella está lleno el mundo. Con su venida el Reino de Dios hace irrupción en escena y suscita un tipo de violencia que Jesús no quiere ocultar: el discípulo es invitado a esforzarse para entrar por la “puerta estrecha”. Frente a una situación injusta o ambigua que obstaculiza el advenimiento del Reino, Jesús protesta y se rebela.

Es aquí que se ubica el episodio de la expulsión de los vendedores del templo. Jesús usa el látigo y voltea las mesas: es la actitud profética de la ‘parresía’, la santa indignación frente a la manipulación del culto, para intereses personales.

La etapa conclusiva de su vida es la más elocuente a este respecto. En el huerto de los olivos intima a Pedro que guarde la espada (Jn 18, 10) y desde la cruz suplica al Padre que perdone a los que lo matan entre torturas (Lc 3, 34).

Sobre la actitud no violenta de Jesús no existen dudas. Esta fue también la conducta de sus primeros seguidores. Recordemos a Esteban. La violencia que sufrió le vino de judíos fervorosos que descubrieron en sus palabras unas ofensas graves a la majestad de Dios. Entre esos pia-



dosos fariseos se encontraba el joven Saulo que, una vez convertido, sufrió infinitas vejaciones, siempre de parte de religiosos, particularmente convencidos. Ellos veían en su predicación una peligrosa desviación de la doctrina ortodoxa.

Es conocida la total incompreensión entre el Imperio Romano y los cristianos de los primeros tres siglos. Muchísimos de ellos en ese periodo fueron llevados a la muerte. Y no olvidemos que, con frecuencia, el delito del cual eran acusados era el de ateísmo. Como se resistían a hacer sacrificios y a quemar incienso ante las imágenes de los ídolos y tampoco querían adorar la estatua del emperador, eran considerados impíos y peligrosos para el orden público, así como gente sin Dios ni ley, capaz de las peores aberraciones.

La razón de las penas impuestas apelaba a motivos religiosos, pero, en el fondo, era dictada por temor a la subversión.

La cristiandad medieval

Hasta que los cristianos fueron una pequeña minoría no tuvieron más opción que mantener un perfil bajo, evitando llamar la atención y dispuestos a soportar los atropellos, tanto de las autoridades como de los seguidores de otros cultos.

La actitud comenzó a cambiar cuando, en el año 313 d.C., el emperador Constantino en vista de su lealtad y su crecido número, emanó el Edicto de Tolerancia. Pero un viraje radical se dio cuando Teodosio declaró al cristianismo como religión oficial del imperio (376 d.C.). No pasó mucho tiempo y los papeles se invirtieron: de perseguidos, los cristianos, se volvieron persecutores. Los que tuvieron que soportar vejámenes ahora fueron los 'paganos'. De por sí la palabra no tiene connotaciones religiosas. Significa simplemente "habitante de una aldea", gente del campo, porque allí se refugiaron quienes aún seguían sus antiguas religiones.

Poco a poco se fue elaborando el concepto de cristiandad: el conjunto de los bautizados,



De la serie Fractales





S/T
Dibujo

que habitaban en un territorio determinado. A los que quedaban fuera se les consideraba ‘bárbaros’: podían ingresar a la gran comunidad cristiana, a pacto de ‘civilizarse’ y pedir el bautismo.

San Agustín de Ipona fue el teólogo que, por lo menos en Occidente, ejercitó el mayor influjo durante toda la Edad Media.

El tiene una visión un tanto pesimista de la naturaleza humana, herida por el pecado de origen. Los seres humanos –opina- no pueden ser inducidos a practicar el bien y a evitar el mal solo con buenas exhortaciones: se necesita la amenaza de sanciones y la existencia de quien esté en condición de llevarlas a cabo. Hasta aquí es difícil objetar su punto de vista. Donde comienzan las dudas, al menos para la sensibilidad moderna, es cuando sostiene que a la Iglesia le es lícito invocar el ‘brazo secular’ (la fuerza civil) para reprimir a los transgresores. Si estos son de tipo religioso, se abre la puerta para los abusos. Agustín invocó esta fuerza contra los Donatistas. Durante la Edad Media se la invocó contra todo individuo sospechoso de herejía y se llegó a las hogueras en las plazas públicas. Carlos Magno fue más allá. Contra los Ávaros de la Alemania nororiental, que no querían convertirse al cristianismo, armó una guerra en plena regla. Nos encontramos en el siglo noveno. Aquí no es posible distinguir el fervor religioso de la ambición política. Pero es evidente que esta última jugó un papel casi exclusivo.

El islam

A lo largo de 1400 años el islam se ha ido difundiendo por una amplia zona del Planeta, desde Marruecos a Indonesia y, tanto el *Corán* como la *Sunna* (dichos y acciones del Profeta), han sido objeto de infinitas interpretaciones.

En el imaginario colectivo de Occidente la religión islámica se asocia a menudo con la guerra santa, *jihad*, una de las palabras más analizadas por juristas y teólogos musulmanes.



Resulta útil una breve alusión a estos comentarios para responder a la pregunta sobre la relación entre el *Corán* y la violencia.

La palabra *jihad* viene de la raíz semita 'jhd', que significa 'esfuerzo'; la forma verbal se traduce por "hacer el esfuerzo".

El mismo *Corán* a veces utiliza esta expresión para incitar a la lucha armada y otras para "hacer un esfuerzo por el camino de Alah". En este último caso se privilegia la opción conciliadora y pacífica.

Otra palabra que ha dado origen a discusiones interminables y mucha veces bastante violentas es *ijthad*, interpretación. La corriente minoritaria de los chiíes, presente en Irán, Iraq, Líbano y Bahreim, resulta ser una especie de protestantismo al interior del mundo musulmán y reivindica el derecho a la interpretación de los textos sagrados. Por esto, la formación de los mulhá chiíes incluye los estudios filosóficos que los suníes no admiten. Estos últimos, fieles a los Kalifas y a sus dinastías, en las cuáles poder político y religioso se identifican, han dado origen a un islamismo rígidamente jurídico. Con la llegada al poder del Ayatollah Komeini en Irán, también entre los chiíes la identificación entre los dos poderes se ha ido afirmando. Pero no es el caso aquí de profundizar en un análisis que podría prolongarse indefinidamente.

Lo que ilumina es la historia. Muchas veces el islam se ha expandido con las armas, no solo en tiempo de Mahoma. Hoy intenta hacerlo en Europa por otros medios, por ejemplo, con las migraciones y la política de los matrimonios.

Por otro lado el cristianismo no ha avanzado de manera muy diferente. España ha sido reconquistada *manu militari*.

Igual cosa ha sucedido en el norte de Europa y en los Países Bálticos. Todos conocemos la estrecha relación entre conquista y evangelización en América Latina. En Asia y África el proceso fue bastante distinto, pero la presencia de las armadas y las embajadas occidentales no

jugó un papel indiferente, para asegurar la protección a los misioneros.

También la Iglesia ortodoxa rusa ha avanzado a la sombra de los ejércitos zarsitas en Cáucaso, Asia Central y Siberia. ¿Podría haber sido de otra manera? La respuesta puede solo formularse a base de hipótesis.

Es verdad que la inmensa mayoría de los musulmanes son personas moderadas y amantes de la paz, pero la presencia de los grupos fundamentalistas ha envenenado el ambiente y ha vuelto difícil el diálogo. Los levantamientos contra los gobiernos despóticos en el norte de África a comienzos de 2011, han revelado que la juventud aspira a la participación y la democracia y es deseosa de modernización.

Probablemente esté naciendo en el mundo islámico una mentalidad que, dejando de lado los rencores que sembró la aventura colonial de Occidente en sus tierras, propicie un mayor acercamiento.

La Inquisición

A finales del primer milenio Europa se consideraba un continente de pueblos cristianos. Evidentemente estaba dividida en reinos y principados, casi siempre en guerra entre ellos, pero percibía que la fe cristiana, profesada por la Iglesia romana y garantizada por el Papa, era el alma de su unidad moral.

La herejía era vista como la manzana podrida, que podía contaminar las manzanas sanas y, por lo tanto, no se dudaba un momento en eliminarla sin piedad. Lo mismo que pasaría con un miembro atacado por la gangrena. Resulta doloroso amputarlo, pero es la única manera para salvar todo el cuerpo.

Hacia los paganos, judíos y musulmanes había cierta tolerancia, porque había conciencia de que la fe cristiana no puede ser impuesta con la fuerza. Santo Tomás enseñó que gentiles y judíos de ninguna manera pueden ser obligados



a abrazar la fe, antes bien se los debe tolerar en sus ritos, porque se puede solo creer por libre voluntad.¹ En cambio, con los católicos que se habían atrevido a abandonar la doctrina verdadera, no había consideración alguna. Se pensaba fuera inconcebible que un católico que había recibido de la Iglesia la verdad, se atreviera a rechazarla. Si esto sucedía, era indispensable obrar rápidamente, antes de que el error contaminara a todos, destruyendo así la comunidad civil y religiosa.

La bibliografía sobre la Inquisición es enorme. Se escribió mucho sobre el número de víctimas, los métodos para obtener las confesiones y el uso de la tortura durante los interrogatorios.

En 1998, el Vaticano organizó un simposio internacional para debatir el tema de la Inquisición. Ya en la carta apostólica *Tertio Millennio* adveniente al Papa Juan Pablo II había expresado un *mea culpa*, por la facilidad con que los hijos de la Iglesia, especialmente en algunos siglos, habían admitido métodos de intolerancia, y hasta de violencia, en el servicio a la verdad. Durante el Jubileo de 2000, el 12 de marzo en la jornada de pedido de perdón, el mismo Papa se refirió a los métodos de intolerancia del pasado.

Es verdad que no se puede juzgar lo obrado en una época con la mentalidad de otra, pero esto no impide que se experimente una enorme incomodidad al constatar que la Iglesia, que se define defensora de la vida desde que es concebida hasta que termina naturalmente, por tantos siglos haya admitido la licitud de eliminar físicamente a los herejes, aunque sea a través del ‘brazo secular’.

Las Cruzadas

Se las suele citar como uno de los ejemplos más evidentes de la crueldad gratuita de los cristianos contra pueblos pacíficos. Pero es

indispensable intentar dejar a un lado los estereotipos y ampliar la visión de los hechos.

Las Cruzadas no son más que la prolongación de la reacción del mundo cristiano contra la agresión musulmana sufrida en los siglos anteriores. Esta reacción había empezado en los dos extremos: en España y en el Cáucaso, al tiempo que el Imperio bizantino lanzaba, por su cuenta, una serie de ofensivas importantes.

Cuando el 25 de noviembre de 1095, durante el Concilio de Clermont, el Papa Urbano II invitó a la multitud a intervenir para ayudar a los cristianos de Oriente, vejados por los turcos, el grito de “Dios lo quiere” interrumpió su discurso. Pero ya eran siglos que en España se luchaba contra los Moros, para recuperar el territorio y la identidad cristiana. En el año 732 la marcha triunfal de los árabes había sido bloqueada por Carlos Martel en Poitiers, en el corazón de Francia y los invasores habían sido empujados nuevamente al otro lado de los Pirineos.

Es verdad que en su conquista de la ‘Tierra Santa’ las tropas cristianas se abandonaron a menudo a actos de crueldad injustificable. Todos conocen el disgusto que sintió Francisco de Asís cuando se enteró de los hechos, mientras intentaba conversar pacíficamente con el sultán.

Los cruzados lograron adueñarse de algunos puertos y ciudades de Siria y Palestina, pero no pudieron conservarlos por mucho tiempo. Los historiadores árabes mostraron poco conocimiento y hasta poco interés por estas invasiones de los occidentales a su territorio. La palabra “cruzada” nunca aparece en los escritos musulmanes contemporáneos. La utilizaron más tarde escritores árabes cristianos. Para los musulmanes de aquel tiempo se trataba simplemente de agresiones de infieles o de los Francos, uno de los pueblos que ellos consideraban bárbaros y que les resultaban particularmente feroces.

Será Osama Bin Laden quien, en nuestros días, retomará el vocablo, para referirse a los enemigos occidentales en bloque. Los cristianos

¹ Summa theologica, II – II, 9.10^o.8



ortodoxos orientales se mantuvieron del todo ajenos al fenómeno, tanto más que usufructuaban del *status* jurídico de ‘protegidos’, que el Estado musulmán les había otorgado. Lo que ellos no olvidan hasta hoy son los excesos de la cuarta Cruzada (1204), cuando los venecianos convencieron a las armadas cristianas a desviarse del camino e invadir Constantinopla que fue saqueada de manera inmisericorde y la espléndida basílica de Santa Sofía profanada. Será también por eso que, en los siglos sucesivos, los bizantinos se aliaron a menudo con los Turcos para combatir a los reinos cristianos de Occidente.

Una vez tomada Constantinopla, en 1454, los Turcos convirtieron a la ciudad en el centro de su imperio y nunca cesaron en la tentativa de invadir Occidente. Hasta fines del siglo XVIII estuvieron varias veces a un paso de lograrlo. Lepanto (1570) constituye un hito en el esfuerzo de resistencia del mundo cristiano contra esta posibilidad.

Fue solo la derrota turca en la Primera Guerra Mundial la que marcó el desmoronamiento definitivo del Imperio otomano y el final de un largo ciclo. Como puede verse, las Cruzadas son solo algunos episodios, entre tantos, del interminable forcejeo entre el mundo de Occidente cristiano y el mundo Oriental islámico.

Violencia la hubo de parte y parte y no siempre se debió a motivos religiosos. La mayoría de las veces prevalecieron los políticos y los económicos.

La actual resistencia de varios países europeos para admitir a Turquía en la Unión ahonda sus raíces en esta larga historia.

La conquista de América

Con la llegada a América, la Europa medieval, provinciana y mediterránea, cambia radicalmente su autopercepción y se convierte en la Europa moderna, que va adquiriendo

siempre más conciencia de ser “el centro del mundo”. Deja de advertirse como una tierra sitiada por el islam, para convertirse en un continente ‘misionero’, llamado a civilizar el mundo entero. La obligación de llevar la religión verdadera y la cultura más alta a todos los pueblos se perfila como una suerte de destino mesiánico.

Esta conciencia, junto con los intereses económicos, será el motor que activará todas las iniciativas del periodo de los grandes ‘descubrimientos’, de las conquistas, del colonialismo y llegará hasta nuestros días, bajo la forma del anhelo para llevar el desarrollo a los subdesarrollados. Para entender la actitud altanera y el complejo de superioridad con que los europeos miraron al mundo desde el siglo XVI al XX no se puede no tener en cuenta este escenario.

Sobre los fines, los métodos, los costos y las consecuencias de la conquista de América hay una literatura de dimensiones abrumadoras. Pero, para no salir del tema y de los límites que estas reflexiones imponen, es inevitable limitarse a unas pocas puntualizaciones.

- Es indispensable trazar una neta distinción entre conquistadores y misioneros. Aunque llegaban de las mismas tierras, eran enviados por el mismo rey y viajaban en los mismos barcos, sus propósitos y métodos eran radicalmente diferentes, tanto que mantuvieron contrastes durísimos, especialmente en las primeras décadas. Con el pasar del tiempo estas tensiones, sin desaparecer, perdieron intensidad, porque muchos hombres de iglesia ya eran criollos, hijos del sistema e, inevitablemente, acomodados a su lógica.
- Todos los imperios han utilizado la violencia para imponerse. El español fue de los pocos, si no el único, que vio surgir de su propio seno, duros contestadores de sus derechos de agresión. Las voces que se escucharon pertenecen todas al mundo eclesiástico. Pensemos en Antonio



de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga, solo para mencionar los más célebres.

Las Casas planteó a Carlo V y a la Universidad de Salamanca una pregunta crucial: ¿qué derecho asistía a España para declarar la guerra a pueblos pacíficos, que nunca la habían atacado? Francisco de Vitoria negó la legitimidad de tal agresión, admitiendo la posibilidad de usar la fuerza si esos pueblos hubieran impedido la predicación del Evangelio. También este derecho hoy levantaría dudas, pero nos encontramos en el siglo XVI.

- No se puede olvidar que la llegada de los españoles a América (1492) coincide con la expulsión definitiva de los Moros de España, de tal manera que la Conquista llega a ser la continuación de la Reconquista de la península. La guerra secular contra el islam había endurecido al cristianismo, convirtiéndolo en una religión militarizada, dura, beligerante. Es difícil imaginar que, al emprender la conquista americana, los hombres curtidos en los campos de batalla en los que la cruz avanzaba junto a la espada, asumieran actitudes tolerantes.
- Se suele afirmar que la propagación de la fe católica fue un simple pretexto para encubrir el motivo verdadero de la aventura conquistadora: la codicia del oro. Pero, una vez más, hay que ser cautos en pretender nuestra visión de las cosas de individuos pertenecientes a la Edad Media. La fe de aquellos hombres no era fingida. Lo que no resulta fácil de comprender es que los más iluminados entre ellos, como los religiosos que los acompañaban, no hayan advertido la contradicción entre cierta praxis y el mandato de Cristo “vayan y prediquen”, que excluye todo uso de fuerza.

Lo mismo sucedió casi de inmediato, con ese otro capítulo vergonzoso de la esclavitud.

El protestantismo

El protestantismo nació como movimiento de reforma, con el objetivo de purificar el cristianismo, liberándolo de la corrupción imperante, para volverlo a sus raíces históricas.

Cuando Lutero clavó sus tesis en la puerta de la catedral de Worms, el terreno estaba abonado para que el movimiento de protesta prendiera con fuerza, porque a lo largo de siglos habían surgido numerosos movimientos pauperistas, que reclamaban un retorno radical a la sencillez evangélica.

La *Biblia* fue tomada como única guía capaz de orientar la vida de los creyentes, pero tampoco el protestantismo logró mantenerse ajeno al uso de la fuerza. Lutero se apoyó en los príncipes alemanes que la utilizaron abundantemente. La guerra contra los anabaptistas fue sangrienta, como también la que se desplegó contra los musulmanes, los judíos y los católicos romanos. Particularmente encarnizada fue la lucha contra las brujas, que fueron quemadas por miles. La política de exterminio de los indios de América no se vio mitigada por la presencia de las iglesias; la práctica de la esclavitud buscó justificaciones en la *Biblia*, lo mismo que quisieron hacer los calvinistas de África del Sur.

No es ahora el caso de seguir enumerando ejemplos de intolerancia, que han llegado hasta nuestros días, plasmándose en la teoría de la “guerra preventiva” del “born again” George W. Bush.

El hecho es que el protestantismo no es en absoluto monolítico, de tal manera que en toda su historia nunca han faltado en su interior movimientos de signo diferente y hasta contradictorio.

El pacifismo ha estado siempre presente.

Últimamente las diferentes ramas del protestantismo han regalado a la humanidad figuras



luminosas de hombres y mujeres que se han dedicado a la causa de la reconciliación y la paz, incluso hasta perder su vida violentamente.

Es útil recordar por lo menos algunos nombres.

Dietrich Bonhoeffer. Para este teólogo luterano la paz no es solo ausencia de guerra: “es una actitud desarmada, pero capaz de pasar a acciones concretas”. Él programó por largo tiempo una peregrinación a la India para aprender de Gandhi los métodos de su lucha no violenta. El viaje al final no se concretó, pero, cuando Hitler comenzó con fuerza su persecución contra los judíos, el pastor Bonhoeffer practicó la “desobediencia civil” y finalmente tomó parte activa en las iniciativas que intentaban bloquear al dictador. Quiso así tomar distancia de las iglesias cristianas que traicionaban su misión, adorando la cruz gamada, en lugar de la cruz de Cristo. Fue apresado y ahorcado en la cárcel.

Martin Luther King. Pastor bautista, hijo y nieto de predicadores del Evangelio, dedicó la vida a luchar contra la segregación racial. Llegó a merecer el premio Nobel de la Paz y se hizo célebre por su discurso en Washington, cuando habló de su sueño de una humanidad reconciliada y de una América libre del pecado de la esclavitud.

Para King es absolutamente indispensable que los oprimidos se resistan al mal ejercido contra ellos. La resignación sería complicidad. Fue asesinado el 4 de abril de 1968.

Desmond Tutu. Es uno de los hombres que más contribuyó para evitar que África del Sur tuviera que escoger entre un racismo inaceptable y una guerra civil sangrienta. Por esto en 1984 recibió el premio Nobel de la Paz. Obispo anglicano, es uno de los principales promotores de la ‘teología negra’. Escribió varias obras sobre esta temática y sobre la necesidad del perdón y la reconciliación. Según él, “los países ricos deben revisar los principios fundamentales del capitalismo, que tienden a exaltar algunos de los aspectos menos nobles del carácter humano”.



De la serie *Ángeles caídos*



El budismo

Para empezar, es indispensable una premisa: la palabra budismo es una invención con la cual Occidente ha intentado dar cierta unidad a una infinidad de teorías, ritos, prácticas y doctrinas enormemente heterogéneas.

El budismo no posee un único texto sagrado como las “religiones del libro”, judaísmo, cristianismo e islamismo y, mucho menos, cuenta con una única estructura organizativa.

La fama de esta religión es la de ser esencialmente no violenta. En efecto, a lo largo de sus 2500 años de existencia, encarnándose en culturas sumamente diferentes, entre las grandes religiones universales es, sin comparación, la que menos ha instigado comportamientos violentos, como guerras, conquistas o exterminio de culturas. Es que, por su naturaleza, no siente la necesidad de obligar a nadie, individuo o pueblo, a convertirse a su propia visión de la salvación.

Se entiende entonces por qué el budismo aboga por la no-violencia, entendida como *áhimsa*, una palabra de origen sánscrito que significa algo así como no hacer daño, no usar violencia contra la vida o la propiedad, no matar.

El ejemplo clásico que se suele citar, como modelo de este tipo de conducta es el de Gandhi, aunque él no fue budista. El camino que Buda indicó y recorrió es el que intenta superar el sufrimiento, en un mundo en que todo es sufrimiento. Con sufrimiento (*dukka*) el budismo no entiende lo contrario del placer, ni el malestar opuesto al bienestar, como si la finalidad del budismo fuera la búsqueda del bienestar, del estar bien en todas las circunstancias. *Dukka* es algo presente en toda la realidad, es el desgaste implícito en el uso, la insatisfacción que siempre nos asalta, mientras aspiramos a la estabilidad y solidez.

Para desactivar la violencia hay que reconocer que su origen está dentro de cada uno, en la manera como se relaciona con la realidad.

No resistir al mal no quiere decir quedar indiferentes frente a las maneras que éste

asume dentro y fuera de nosotros. Quiere decir no proporcionarle un apoyo, que es antes que nada una idea que se tiene de sí mismo; es una manera de ser que se renueva en cada situación, reconociendo los errores y comenzando siempre de cero.

Surge una pregunta: ¿Cómo se explica que en algunos países, donde el budismo es ampliamente mayoritario, existen o han existido en épocas recientes forma de gobierno autoritarias, capaces también de actitudes violentas, como en Myanmar (Birmania) y Vietnam? Es un hecho imposible de negar. Pero es verdad también que allí mismo han brotado reacciones importantes de parte de quienes son considerados los guardianes de la tradición budista auténtica: los monjes. Ellos, desarmados y descalzos, han afrontado las dictaduras desfilando en silencio o prendiéndose fuego y así han llamado la atención del mundo para que condenara las atrocidades de los violentos.

Las guerras de religión en Europa

No es fácil entender cómo una religión, basada sobre el amor al prójimo, haya podido integrar la guerra en su visión del mundo.

Las cruzadas y las guerras de la cristiandad medieval lo lograron llamando ‘santos’ los combates emprendidos para defenderse de los agresores, especialmente musulmanes.

En la época de las monarquías y de la formación de los estados nacionales, Europa asistió a choques violentos, cuyo motivo proclamado era la religión, aunque en la mayoría de los casos esta no era más que un pretexto. Fue la época en que se elaboró el concepto de la guerra ‘justa’. Los conflictos religiosos –se sabe– suelen ser los más crueles, porque, al estar en juego el valor más alto, la salvación eterna, se considera que todos los medios son lícitos.

Los países involucrados en estos duros choques fueron espacialmente España, Francia, Inglaterra y Holanda.



La España de Felipe II, llegada a la cumbre de su potencia y esplendor, intentó conservar a toda costa el dominio de los Países Bajos, pero chocó con la resistencia enérgica de Guillermo de Orange, calvinista intransigente y en 609 nació el Estado independiente de Holanda. El mismo monarca español intentó someter a Inglaterra, pero su 'Invencible Armada' sufrió una derrota decisiva que marcó el comienzo del lento declinar de España. La expulsión, en tiempo de Isabel la Católica, de Judíos y Moros ya la había debilitado y la política hegemónica llevada a cabo en el siglo XVI, había devorado las enormes riquezas extraídas de las colonias.

Al morir Enrique VIII, que había separado del Papa la Iglesia de Inglaterra, le sucedió la Católica María I Tudor, que gobernó muy brevemente.

Durante el reinado de Isabel I (1558-1603), Inglaterra conoció un periodo de esplendor. La actitud de la Reina hacia los católicos del país fue totalmente hostil y, en el mundo, se afirmó el comercio marítimo inglés sostenido por la marina de guerra, mientras los barcos piratas ingleses no daban tregua a los galeones españoles. Es la época en que se ponen las bases de la manufactura textil inglesa y en que William Shakespeare escribe sus obras.

A finales del siglo XVI, Francia fue ensangrentada por las guerras entre católicos y protestantes (Hugonotes). Fue con Enrique IV de Borbón que estos conflictos se apaciguaron, cuando él mismo se convirtió al catolicismo y, con el edicto de Nantes (1598), concedió a los protestantes libertad de culto.

El concepto de Guerra 'justa', con su carga de ambigüedad, no solo no impidió que las potencias europeas desencadenaran una cantidad de conflictos entre ellas, sino que cada una lo aplicó a su causa, también durante la Primera Guerra Mundial, dando así al mundo un espectáculo nada evangélico. A un lado y al otro de los frentes de batalla las jerarquías eclesiásticas bendecían las armas con las que los ejércitos de las potencias cristianas se masacraban, desoyen-

do los clamores del Papa Benedicto XV, para que se suspendiera el conflicto.

Conclusiones

Después de haber analizado algunos ejemplos que nos ofrece la historia, se puede intentar completar las reflexiones planteadas al comienzo.

- La agresividad, está inscrita en la naturaleza humana, no en las religiones. Estas pueden radicalizarla "por fines superiores" o también suavizarla y combatirla. Es lo que ha acontecido a lo largo de los siglos. Como se dijo, la religión es un fenómeno ambiguo y manipulable. Mucho depende de las circunstancias y de la capacidad de los líderes para condicionar la actitud de las masas. Con cierta aproximación, se podrían aplicar aquí las palabras que el general Hermann Goring, colaborador de Hitler, pronunció durante el proceso de Nuremberg:

"Naturalmente la gente común no quiere la guerra, ni en Rusia, ni en Inglaterra, ni en Alemania. Esto es comprensible. Pero, al final, son los gobernantes los que determinan la política y resulta siempre fácil arrastrar al pueblo, tanto si se trata de una democracia como de una dictadura fascista, comunista o de un parlamento. Que el pueblo tenga voz o no la tenga, siempre se lo puede llevar a donde quieren los jefes. Es fácil. Todo lo que toca hacer es decirle que está amenazando y denunciar a los pacifistas por su falta de patriotismo, en cuanto exponen el país al peligro. Funciona de la misma manera en todas partes".

- Por lo dicho, hay que distinguir cuidadosamente entre el espíritu de una religión y la manera como se lo ha vivido en las diferentes circunstancias históricas. De los posibles abusos del pasado no hay que concluir que una religión resulta inevitablemente peligrosa o negativa para la sociedad, sino que es nece-



sario vigilar para que esto no acontezca. Nadie debe sentirse autorizado a invocar al Ser Supremo como 'su' Dios. 'Destribalizando' el concepto de Dios se quita el fundamento a muchos conflictos religiosos.

- Se escucha a veces que en el mundo habría menos conflictos sin esa maraña de credos y religiones. Es una opinión ingenua. También la multiplicidad de culturas e idiomas complica las relaciones, pero ¿sería pensable un mundo sin culturas y sin lenguas o con una sola cultura y una sola lengua?
- Hoy se habla mucho de macro ecumenismo y de diálogo interreligioso, como camino para superar las tensiones. De hecho los esfuerzos que se llevan a cabo son innumerables. Pero, para no correr el riesgo de sufrir duras decepciones, es preciso tomar en cuenta algunas advertencias. Como éstas:
 1. No hay que hacerse ilusiones de que los resultados sean rápidos y fáciles. No basta sentarse con buena voluntad alrededor de una mesa para superar las diferencias que nacen de rencores históricos y siglos de prácticas hostiles, o de cosmovisiones radicalmente diferentes.
 2. Hay que admitir que dialogando, no necesariamente se llega a un acuerdo, sobre todo si se trata de los principios. Es posible que se hable por años sin lograr unificar los puntos de vista. Pero ésta práctica, si se la realiza sin preven-

ciones, puede ayudar a descubrir por lo menos lo que se tiene en común y a encontrar la manera de cooperar en la práctica. Se pueden afrontar juntos los problemas de la pobreza, la discriminación, la opresión, así como de las catástrofes imprevistas, sin compartir todas las premisas teológicas. Quedaría por verse la distinción entre religión y fe, pero esto abriría otro capítulo.

Bibliografía

- Crépon, Pierre. *Le religioni e la guerra*. Génova: Ed. Il Melgrano, 1992.
- Cuturi, Flavia. *En nombre de Dios*. Quito: Ed. Abya-Yala, 2008.
- Dussel, Enrique. *Política de la liberación: historia mundial y crítica*, Madrid: Ed. Trotta, 2007.
- Girard, Didier. *La violencia e il sacro*, Milano: Ed. Abelpi, 1992.
- Huntington, Samuel. *¿Quiénes somos?* Buenos Aires: Ed. Paidós, 2004.
- *La Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Ed. Desclé de Bouwer, 1998.
- Lecoff, Jacques. "Les traits originaux de l'identité européenne", en: Vol IV de la *Histoire du Développement scientifique et culturel de l'humanité*. UNESCO, 7^{ma}. edic, 2003.
- Runciname, Steven. *History of the Crusades*. Cambridge: University Press, 1951.
- Teixeira, Faustino. *Teología de las religiones*. Quito: Ed. Abya-Yala, 2005.

